

863.6-

P. 555

H2

P. 5.

ALMA

EST. TIP. DE LOS HIJOS DE TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

12888

20068

HALMA

PRIMERA PARTE

I

Doy á mis lectores la mejor prueba de estimación sacrificándoles mi amor propio de erudito investigador de genealogías... vamos, que les perdono la vida, omitiendo aquí el larguísimo y enfadoso estudio de linajes, por donde he podido comprobar que doña Catalina de Artal, Xavierre, Iraeta y Merchán de Caracciolo, Condesa de Halma-Lautenberg, pertenece á la más empingorata nobleza de Aragón y Castilla, y que entre sus antecesores figuran los Borjas, los Toledos, los Pignatellis, los Gurreas, y otros nombres ilustres. Explorando la selva genealógica, más bien que árbol, en que se entrelazan y confunden tan antiguos y preclaros linajes, se descubre que, por el casamiento de doña Urianda de Galcerán con un príncipe italiano, en 1319, los Artales

entroncan con los Gonzagas y los Caracciolos. Por otro lado, si los Xavierres de Aragón aparecen injertos en los Guzmanes de Castilla, en la rama de los Iraetas corre la savia de los Loyolas, y en la de los Moncadas de Cataluña la de los Borromeos de Milán. De lo cual resulta que la noble señora no sólo cuenta entre sus antepasados varones insignes por sus hazañas bélicas, sino santos gloriosos, venerados en los altares de toda la cristiandad.

Como he dado al buen lector mi palabra de no aburrirle, me guardo para mejor ocasión los mil y quinientos comprobantes que reuní, comiéndome el polvo de los archivos, para demostrar el parentesco de doña Catalina con el antipapa don Pedro de Luna, Benedicto XIII. Busca buscando, hallé también su entronque lejano con Papas legítimos, pues existiendo una rama de los Artal y Ferrench que enlazó con las familias italianas de Aldobrandini y Odescalchi, resulta claro como la luz que son parientes lejanos de la Condesa los Pontífices Clemente VIII é Inocencio XI.

De monarcas no se diga, pues el árbol aparece cuajado, como de un lozano fruto, de apellidos regios, y allí veis los Albrit y Foix de Navarra, los Cerdas y Trastamaras de acá, y otros mil nombres que á cien leguas trascienden á realeza, como los de Rohan, Bouillon, Lancas-

ter, Montmorency, etc... Fiel á mi compromiso, envaino mi erudición, y emprendo la reseña biográfica, designando á doña Catalina-Maria del Refugio-Aloysa-Tecla-Consolación-Leovigilda, etc... de Artal y Javierre como tercera hija de los señores Marqueses de Feramor. Huérfana de padre y madre á los siete años, quedó al cuidado del primogénito, actualmente Marqués de Feramor, y de su hermana doña Maria del Carmen Ignacia, Duquesa de Monterones. En 1890, casó con un joven agregado á la embajada alemana, el Conde de Halma-Lautenberg, matrimonio que hubo de realizarse contra viento y marea, pues los hermanos de ella y toda la familia se opusieron tenazmente por cuantos medios le sugerian su orgullo y terquedad. Querian desposarla con un individuo de la casa de Muñoz Moreno-Isla, de nobleza mercantil, pero bien amasada con patacones. Catalina, que desde muy niña mostraba increíbles ascos al vil metal, se prendó del diplomático alemán, que á su seductora figura unía un desprecio hermosísimo de las materialidades de la existencia. Grandes trapisonadas y disturbios hubo en la familia por la tiránica firmeza de los hermanos mayores, y la resistencia heroica, hasta el martirio, de la enamorada doncella. Casados al fin, no sin intervención judicial, el esposo fué destinado á Bulgaria, de aquí á Constantinopla, y

allá le siguió doña Catalina, rompiendo toda relación con sus hermanos. Calamidades, privaciones, desdichas sin fin la esperaban en Oriente, y al conocerlas la familia de acá, por referencias de diplomáticos extranjeros y españoles, no veía en todo ello más que la mano de Dios castigando duramente á Catalina de Artal por la amorosa demencia que la llevó á enlazarse con un advenedizo, de familia desconocida, hombre sin seso, desordenadísimo en sus ideas, desatado de nervios, y habitante aburrido de las regiones imaginativas. Para colmo de infortunio, Carlos Federico era pobre, con el título pelado, y sin más renta que su sueldo, pelado también, pues la familia de Halma-Lautenberg, que descende, según noticias que tengo por fidedignas, del Landgrave de Turingia y Hesse, Hermann II, había venido tan á menos como cualquier familia de por acá, de las que, después de mil tumbos y vaivenes, caen á lo hondo del abismo social para no levantarse nunca.

Contratiempos mil, reveses de fortuna, escaseces y aun hambres efectivas padeció la infeliz doña Catalina en aquellas lejanas tierras, sin más consuelo que el amor de su esposo, que nunca le faltó, ni de él tuvo queja, pues Dios, al privarla de tantos bienes, concedióle con creces la paz conyugal. Tiernamente amada y amante, la íntima felicidad de su matrimonio la com-

pensaba de tanta desdicha del orden externo. Carlos Federico era bueno, dulce, aunque medio loco según unos, y loco entero según otros. La mala opinión acerca de su gobierno cerebral debió trascender hasta la Cancillería de Berlin, porque fué destituido de su cargo. La joven pareja se encontró á merced de la Divina voluntad, que sin duda quería someter á durísima prueba el alma fuerte de la dama española, pues á los dos meses de la destitución, y cuando, en espera de recursos para venirse á Occidente, vivía obscuro y resignado el matrimonio en una humilde casita de Pera, se le declaró al esposo una tisis, con tan graves caracteres, que no era difícil presagiar un desenlace fúnebre en breve plazo.

Reveló entonces su temple finísimo el alma de Catalina de Artal, pues cobrando ánimos con aquel nuevo golpe, aventuróse á pedir auxilio á sus hermanos de Madrid, que si al principio si hicieron un poco de rogar, cedieron al fin, mirando más al decoro de la familia que á la caridad cristiana. Con el mezquino socorro que le enviaron, pudo la heroína transportar á su pobre enfermo á la isla de Corfú, afamada por la benignidad de su clima. Allí vivieron, si aquello era vivir, en un pie de milagrosa economía; supliendo con el cariño los recursos materiales, y las comodidades con prodigios de intelligen-

cia, él resignado, ella valerosa y sublime como enfermera, amantísima como esposa, diligente en el manejo de la humilde casa, hasta que al fin Dios llamó á sí al infeliz Conde de Halma en la madrugada del 8 de Septiembre, día de la Natividad de Nuestra Señora.

II

Refieran en buen hora los sufrimientos de Catalina de Artal en aquellos tristes días y en los que siguieron á la muerte de su adorado esposo, los que posean mística inspiración y estén avezados á relatar vidas y muertes de mártires gloriosos. Yo no sé hacerlo, y dejando este trabajo á plumas expertas, que seguramente escribirán la edificante historia, no hago más que apuntar los hechos capitales, como antecedentes ó fundamento de lo que me propongo referir. ¿Qué puedo decir del hondísimo dolor de la dama al ver expirar en sus brazos al que era su vida toda, amor primero, alegría última, único bien terrestre de su alma? La opinión del mundo, que rara vez deja de equivocarse en sus precipitados y vanos juicios, había contrahecho la persona moral del señor Conde, pintándole en los círculos de Madrid con colores de malicia. Pero al historiador de conciencia, bien enterado de su

asunto, toca el borrar toda falsedad con que los habladores y envidiosos ennegrecen un noble carácter. Esto hago yo ahora, asegurando que Carlos Federico de Halma era un bendito, y que la investigación más rebuscona y pesimista no encontrará en su conducta, después de casado, ninguna tacha. Desbarato resueltamente la reputación que lenguas demasiado sueltas le hicieron en Madrid, y reconstruyo su verdadera personalidad de hombre recto, leal, sincero, añadiendo á estas cualidades las que adquirió en la convivencia con su digna esposa.

No poca parte había tenido en la dudosa reputación del alemán, antes del casorio, la volubilidad de sus ideas, la ligereza de sus juicios, sus distracciones, que llegaron á formar un verdadero centón anecdótico, sus displicencias negras alternadas con hervores de loco entusiasmo por cualquier motivo de arte ó amoríos, su prolijidad machacona en las disputas, y un sinnúmero de manías, algunas de las cuales no le abandonaron hasta su muerte. Se calentaba la cabeza pensando en la habitabilidad de todas las estrellas del cielo, chicas y grandes, y el que quisiera sacarle de sus casillas, no tenía más que poner en duda la infinita difusión de familias humanas por la inmensidad planetaria. Del absoluto menosprecio de toda religión positiva había pasado, poco antes de casarse, y por influencia de la

angelical Catalina, á un ferviente ardor cristiano, más imaginativo que piadoso, sed del alma que apetecía, sin satisfacerse nunca, no devociones externas y prácticas litúrgicas, sino embriagueces de la fansasia, mirando más á la leyenda seductora que al dogma severo. En Oriente, la esposa logró poner algún orden en los descabellados entusiasmos de Carlos Federico, hasta que, atacado de cruelísima dolencia, tan difícil era combatir en él la fiebre abrasadora, como el espiritualismo delirante. Uno y otro fuego le consumían por igual, y creyérase que ambos, juntando sus llamas, le redujeron á ceniza impalpable.

La noche misma de su muerte, refirió á su mujer, entre dos ataques de disnea, un sueño que había tenido por la tarde, y como viese Catalina en aquel relato una extraña lógica y cierta lucidez clásica, se afligió extremadamente, pensando que su pobre enfermo entreveía ya los horizontes del reino de la eterna verdad. Tanto sentido, tanta sindéresis en la composición de un poemita fantástico, pues no otra cosa era el bien relatado sueño, ¿qué podían significar sino que el poeta se moría? Así fué en efecto. En los últimos minutos de vida se lanzaba, con desbordada imaginación, á un proyecto de viaje por Asia Menor y Palestina, con el doble objeto de visitar las ruinas de Troya, primero, y el país

de Galilea después. (Átense estos cabos.) En su pensamiento se entrelazaron dos nombres: Homero-Cristo. Y al querer dar la explicación de aquel abrazo histórico y poético, gimió, dió una gran voz... «¡ah!» y expiró...

Podría creerse que la muerte del Conde fué el último dolor de la infortunada Catalina de Artal, y que tras aquella tribulación le concedió el cielo días de descanso, ya que no de ventura. Pues no fué así. Sobre la tristeza de su viudez, y el recuerdo siempre vivo del pobre muerto, vióse agobiada de calamidades de otro orden. Hasta entonces había conocido las humillaciones y escaseces indecorosas que lastimaban su dignidad de aristócrata. Pero á poco de enviudar, y residiendo aún en Corfú por no tener medios de trasladarse á otro sitio, supo lo que es la miseria, la efectiva, horripilante miseria, y sufrió vejámenes que habrían abatido almas de peor temple que la suya. Alojada como de limosna en una casa inglesa primero, en una hostería griega después, Catalina de Artal se vió privada de alimento algunos días, obligada á lavar su escasa ropa, á remendarse sus zapatos, y á prestar servicios que repugnaban á su delicado organismo. Pero todo lo llevaba con paciencia, todo lo aceptaba por amor de Cristo, anhelando purificarse con el sufrimiento. Como se le ofreciera una coyuntura propicia para salir de aquella si-

tuación, quiso aprovecharla, más que por mejorar de vida, por encontrarse entre personas allegadas, en quienes emplear los cariños que atesoraba su hermoso corazón. Llegóse un día inopinadamente á la isla jónica un hermano de Carlos Federico, grande aficionado á los viajes marítimos, y que divagaba por el Archipiélago en un yate de unos comerciantes del Pireo. Propúsole el tal llevarla á Rodas, donde era cónsul el Conde Ernesto de Lautenberg, tío suyo y del difunto esposo de Catalina, caballero muy bondadoso y corriente, á quien la infeliz dama había conocido en Constantinopla.

Dejóse llevar la viuda por Félix Mauricio (que así se nombraba su cuñado), atraída principalmente por la esperanza de vivir en compañía de la Condesa Ernesto de Lautenberg, señora húngara, muy simpática y que había demostrado á la española, en los breves días de su trato, una cordial adhesión. Salieron, pues, de Corfú en la embarcación griega, mal llamada yate, pues por su pequeñez y escaso tonelaje no era más que un balandro bonito, propio para regatas y excursiones cortas. Iba tripulado por jóvenes *dilettantis* de la mar. A causa del mal gobierno y de la impericia del que hacía de capitán, no pudieron capear un furioso temporal que les cogió entre Zante y Cefalonia, y lanzados por el viento y el oleaje hacia el golfo de Patrás, entraron de

arribada en Misolonghi con grandes averías. Días y días estuvieron allí, esperando buen tiempo, y lanzados de nuevo á la mar, llegaban siempre á donde no querían ir. Félix Mauricio y el amigo ateniense que capitaneaba la frágil nave, profesaban la teoría de que los temporales con vino *son menos*, y empalmaban las turcas que era una maldición. De este modo y con tales ansiedades y vicisitudes, navegando á merced de Neptuno, y sin arte para dominarle, fueron dando tumbos por toda la vuelta Sur del Peloponeso. Como quien va describiendo eses por el laberinto de callejuelas de una ciudad tortuosa, tan pronto tropezaban en Candía, como en Cerigo (la antigua Cytheres); metiéronse á la buena de Dios por entre las Ciclades, tocando en Milo y Paros, luego recorrieron las Esporádicas, visitando Samos, Cos y otras hasta parar en Rodas, después de dos meses largos de endemoniada navegación.

Como todo se disponía en contra de los deseos de la infeliz viuda, resultó que el Conde Ernesto se había ido á Alemania con licencia, y que su esposa, la simpática y bonísima húngara, se había muerto tres meses antes. Aceptó resignada la Condesa de Halma esta nueva decepción, y tratando con su cuñado de la necesidad de que la trasladase á Corinto ó Atenas, desde donde podría comunicarse con su familia de Madrid,

y preparar su vuelta á España, contestóle el joven en forma tan descarnada y grosera, que no pudo la señora, por más esfuerzos que hizo, poner su humildad por encima de su orgullo en la réplica. Hallábanse en un fonducho próximo al muelle. Renunció la dama la hospitalidad á bordo, que el capitán del balandro le ofrecía, y enterada de que existía en Rodas un convento de la Orden Tercera, allá se dirigió volviendo la espalda para siempre al Conde Félix Mauricio, y á sus insensatos compañeros de aventuras marítimas.

Gracias á los buenos franciscanos, la noble señora fué alojada decorosamente, y empezaron las negociaciones para su regreso á la madre patria. Dígase de paso, á fin de completar la información, que el tal Félix Mauricio era lo peorcito de la familia Halma-Lautenberg. Había pertenecido al cuerpo consular, sirviendo en Alicante y en Smyrna. Aquí casó con una griega rica, y abandonando la carrera se dedicó al comercio de esponjas, con varia fortuna. Cuando le encontramos en el balandro había logrado rehacerse de su primera quiebra. Su carácter violento y quisquilloso, su exterior desagradable, y más que nada su inclinación irresistible á las libaciones alcohólicas, le hacían poco estimable y estimado de propios y extraños. Una tarde, hallándose doña Catalina platicando con el

guardián del convento, vió al yate darse á la vela, y le hizo la señal de la cruz. Perdonó á la nave y á sus tripulantes, y dió gracias á Dios por haber salido en bien de su peligrosísima aventura por los mares de Grecia.

Los caritativos frailes lograron arreglar á la infortunada Condesa su regreso á Occidente, y tomándole billete en el *Lloyd Austriaco*, la expidieron para Malta, donde otros religiosos de la misma regla se encargarian de reexpedirla para Marsella, y de allí á Barcelona. Pero como el *Lloyd Austriaco* no tocaba en Rodas, la viajera tuvo que hacer la travesía entre esta isla y el punto de escala, que era Smyrna, en una goleta turca que cargaba frutas y trigo. Nuevos contratiempos para la pobre señora Condesa, pues aquellos demonios de turcos hicieron la gracia de llevar un formidable contrabando, y la goleta fué visitada en aguas de Chio por un falucho de guerra, y apresada y detenida con todos sus pasajeros y tripulantes, hasta que el bajá de Smyrna decidiera el número de palos que le habían de administrar al patrón. Entre tanto, pasaba doña Catalina mil privaciones y amarguras, pues allí no había frailes Franciscos que mirasen por ella. Y gracias que al fin logró verse á bordo del vapor austriaco, el cual, para que en todo se cumpliese el sino de la dama sin ventura, era un verdadero inválido. Recelaba

ella de todo, del mar y del cielo, y de los desmanes de la gentuza de varias razas orientales que en aquellas embarcaciones entra y sale de continuo. Pero ni el cielo, ni la mar, ni el pasaje ocasionaron á la señora ningún disgusto. Fué la endiablada máquina del vapor la que se encargó de interrumpir lastimosamente la navegación, rompiéndose en la demora de Candía. Quedóse el buque como una boya, con el árbol de la hélice en dos pedazos, sin gobierno el timón por rotura de los guardines. Dió al fin remolque un vapor inglés, y le llevó á Damietta; allí trasbordaron, pasando á Alejandria, donde, por variar, sufrieron un nuevo y penoso trasbordo con pérdida del equipaje, y mojadura total de la ropa puesta. En rumbo para Malta, con divertimento de Siroco fortísimo, golpes de mar, y por fin de fiesta, á la entrada de La Vallette, rotura de una de las palas de la hélice, retraso, peligro... En Malta, la dama errante fué atacada de calenturas intermitentes. Dos semanas de hospital, riesgo de muerte, consternación, abandono. Por fin, cumpliéndose en aquel triste caso lo de *Dios aprieta, pero no ahoga*, Catalina de Halma puso el pie en Marsella en un estado deplorable por lo tocante á nutrición, vestido y calzado, y cinco días después, los señores Marqueses de Feramor vieron entrar en su casa á una mujer que más bien parecía espec-

tro, el rostro descarnado, como de la tierra comido, los ojos brillantes y febriles, las ropas deshechas por el tiempo, el viento y la mar, roto el calzado,... lastimosa figura en verdad. Y como el señor Marqués, poseído de espanto, la mirase ceñudo y dijese: «¿quién es usted?», hubo de contestarle Catalina:

«¿Pero de veras no me conoces? Soy tu hermana.»

III

No dió su brazo á torcer la Condesa de Halma en las primeras explicaciones y coloquios con sus hermanos, el Marqués de Feramor y la Duquesa de Monterones, es decir, que no se declaró arrepentida de su matrimonio, ni renegaba de éste por los trabajos y desventuras sin cuento que de su unión con el alemán se derivaron. La memoria de su esposo prevalecía en ella sobre todas las cosas, y no permitía que sus hermanos la menoscabaran con acusaciones, ó chistes despiadados. Había venido á que la amparasen, dándole el resto de su legítima si algo restaba, después de saldar cuentas con el jefe de la familia. Pero no se humillaba, ni al pedirlo y tomarlo, en caso de que se lo dieran, había de abdicar su dignidad, achicándose moralmente

ante sus hermanos, y dándoles toda la razón en el negocio de su casamiento. No, no mil veces. Si no le daban auxilio ni aun en calidad de limosna, no le faltaría un convento de monjas en que meterse. Tampoco repugnaría el entrar en cualquiera de las Órdenes modernísimas que se consagran á cuidar ancianos, ó á la asistencia de enfermos, que entre tantas Congregaciones, alguna habría que admitiese viudas sin dote. Replicóle á esto gravemente su hermano que no se precipitase, y que por de pronto no debía pensar más que en reponerse de tantos quebrantos y desazones.

Cerca de un mes estuvo doña Catalina en la morada de su hermano sin ver á nadie, ni recibir visitas, sin dejarse ver más que de la familia, y de la criada que la servía. De las ropas que le ofrecieron, no aceptó más que dos trajes negros, sencillísimos, haciendo voto de no usar en todo el resto de su vida vestido de color, ni de seda, ni galas de ninguna especie. Modestia y aseo serían sus únicos adornos, y en verdad que nada cuadraba mejor á su rostro blanquísimo y á su figura escueta y melancólica. Como todo se ha de decir, aquí encaja bien el declarar que doña Catalina no era hermosa, por lo menos, según el estilo mundano de hermosura. Pero el paso de tantas desdichas había dejado en su semblante una sombra plácida, y en sus ojos una expresión

de beatitud que era el recreo de cuantos la miraban. Tenía el pelo rubio tirando á bermejo, la nariz un poco gruesa, el labio inferior demasiado saliente, la tez mate y limpia, la mirada dulce y serena, la expresión total grave, la estatura talluda, el cuerpo rígido, el continente ceremonioso. Algunos, que en aquellos días lograron verla, aseguraban hallarle cierto parecido con doña Juana la Loca, tal como nos han transmitido la imagen de esta señora la leyenda y el pincel. Es caprichoso cuanto se diga de otras semejanzas del orden espiritual, como no sea que la Condesa de Halma hablaba el alemán con la misma perfección y soltura que el español.

No era muy grato al señor Marqués aquel aislamiento monástico en que vivía su hermana, ni le hacían gracia sus propósitos de renunciar absolutamente á la vida social. Aún podría, según él, aspirar á un segundo matrimonio, que la indemnizara de las calamidades del primero; mas para esto era forzoso abandonar la tiesura de imagen hierática, las inflexiones compungidas, no vestirse como la viuda de un teniente, y frecuentar el trato de los amigos de la casa. De la misma opinión era la Marquesa, y ambos la sermoneaban sobre este particular; pero la firmeza con que defendía Catalina sus convicciones, manías ó lo que fuesen, les hizo comprender que nada conseguirían por el momento, y

que debían confiar al tiempo y á las evoluciones lentas de la voluntad humana la solución de aquel problema de familia.

Aunque es persona muy conocida en Madrid, quiero decir algo ahora del carácter del señor Marqués de Feramor, cuya corrección inglesa es ejemplo de tantos, y que si por su inteligencia, más sólida que brillante, inspira admiración á muchos, á pocos ó á nadie, hablando en plata, inspira simpatías. Y es que los caracteres exóticos, formados en el molde anglo-sajón, no ligan bien ó no funden con nuestra pasta indígena, amasada con harinas y leches diferentes. Don Francisco de Paula-Rodrigo-José de Calasanz-Carlos Alberto-María de la Regla-Facundo de Artal y Javierre, demostró desde la edad más tierna aptitudes para la seriedad, contraviniendo los hábitos infantiles hasta el punto de que sus compañeritos le llamaban *el viejo*. Coleccionaba sellos, cultivaba la hucha, y se limpiaba la ropita. Recogía del suelo agujas y alfileres, y hasta taponés de corcho en buen uso. Se cuenta que hacía cambalaches de tantas docenas de botones por un sello de Nicaragua, y que vendía los duplicados á precios escandalosos. Interno en los Escolapios, éstos le tomaron afecto y le daban notas de sobresaliente en todos los exámenes, porque el chico sabía, y allá donde no llegaba su inteligencia, que no era escasa, llega-

ba su amor propio, que era excesivo. Contentísimo del niño, y queriendo hacer de él un verdadero prócer, útil al Estado, y que fuese salvaguardia valiente de los *intereses morales y materiales* del país, su padre le mandó á educar á Inglaterra. Era el señor Marqués anglómano de afición ó de segunda mano, porque jamás pasó el canal de la Mancha, y sólo por vagos conocimientos adquiridos en las tertulias, sabía que de Albión son las mejores máquinas y los mejores hombres de Estado.

Allá fué, pues, Paquito, bien recomendado, y le metieron en uno de los más famosos colegios de Cambridge, donde sólo estuvo dos años, porque no hallándose su papá en las mejores condiciones pecuniarias, hubo de buscar para el chico educación menos dispendiosa. En un modesto colegio de Peterborough dirigido por católicos, completó el primogénito su educación, haciéndose un verdadero inglés por las ideas y los modales, por el pensamiento y la exterioridad social. En Peterborough no había los refinados estudios clásicos de Oxford, ni los científicos de Cambridge; los muchachos se criaban en un medio de burguesía ilustrada, sabiendo muchas cosas útiles, y algunas elegantes, cultivando con moderación el *horse racing*, el *boat-racing*, y con la suficiente práctica de *lawn-tennis* para pasar en cualquier pue-

blo del continente por perfectas hechuras de Albión.

Hablaba el heredero de Feramor la lengua inglesa con toda perfección, y conocía bastante bien la literatura del país que había sido su madre intelectual, prefiriendo los estudios políticos é históricos á los literarios, y siendo en los primeros más amigo de Macaulay que de Carlyle, en los segundos más devoto de Milton que de Shakespeare. Tiraba siempre á la cepa latina. Al salir del colegio, consiguióse su padre un puesto en la embajada, para que por allá estuviese algunos años más empapándose bien en la savia británica. En aquel período se despertaron y crecieron sus aficiones políticas, hasta constituir una verdadera pasión; estudió muy á fondo el Parlamento, y sus prerrogativas, sus prácticas añejas, consolidadas por el tiempo, y no perdía discurso de los que en todo asunto de importancia pronunciaban aquellos maestros de la oratoria, tan distintos de los nuestros como lo es el fruto de la flor, ó el tronco derecho y macizo de la arbustería viciosa.

Ya frisaba don Francisco de Paula en los treinta años cuando por muerte de su señor padre heredó el marquesado; vino á España, y á los diez meses casó con doña María de Consolación Ossorio de Moscoso y Sherman, de nobleza malagueña, mestiza de inglesa y española, joven

de mucha virtud, menos bella que rica, y de una educación que por lo correcta y perfilada á la usanza extranjera, no desmerecía de la de su esposo. Poco después casó la hermana mayor del Marqués con el Duque de Monterones. Catalina, que era la más joven, no fué Condesa de Halma hasta seis años después.

Pues señor, con buen pie y mejor mano entró el décimoséptimo Marqués de Feramor en la vida social y aristocrática del pueblo á que había traído las luces inglesas y la ortodoxia parlamentaria del país de John Bull. Afortunadísimo en su matrimonio, por ser Consuelo y él como cortados por la misma tijera, no lo fué menos en política, pues desde que entró en el Senado representando una provincia levantina, empezó á distinguirse, como persona seria por los cuatro costados, que á refrescar venia nuestro envejecido parlamentarismo con sangre y aliento del país parlamentario por excelencia. Su oratoria era seca, *ceñida*, mate y sin efectos. Trataba los asuntos económicos con una exactitud y un conocimiento que producían el vacío en los escaños. ¿Pero qué importaba esto? Al Parlamento se va á convencer, no á buscar aplausos; el Parlamento es cosa más seria que un circo de gallos. Lo cierto era que en aquella soledad de los bancos rojos, Feramor tenía admiradores sinceros y hasta entusiastas, dos, tres y

hasta cinco senadores machuchos, que le oían con cierto arrobamiento, y luego salían poniéndole en los cuernos de la luna: «Así se tratan las cuestiones. Aquí, aquí, en este espejo tienen que mirarse todos: esto es lo bueno, lo inglés de la tía Javiera, la marca *London* legítima, de patente.»

IV

Fuera del Senado, el Marqués tenía también su grupito de admiradores, que le citaban de continuo como un modelo digno de imitación. Por él y por otros muy contados próceres, se decía la frase de cajetín: «¡Ah, si toda nuestra nobleza fuera así, otro gallo le cantara á este país!» El amanerado argumento de achacar nuestras desgracias políticas á no tener un patriciado á estilo inglés, con hábitos parlamentarios y verdadero poder político, llegaba á ser una cantinela insoportable.

Es muy digno de notarse que Feramor desmentía la vulgar creencia de que todo inglés de alta clase ha de ser caballista, y delirante por cualquiera de los *sports* que en Albión se usan. Para gloria suya, no había importado del país serio, más que la seriedad, dejándose de lado allí del canal las chifladuras hípicas. Aunque algo y aun algo entendía de lo referente al *turf*, no

se ocupaba de ello sino con frialdad cortés, marcando siempre la distancia que media intelectualmente entre un *handicap* y un discurso político, aunque sea ministerial. Y si era cazador, y de los buenos, no mostraba por esta afición una preferencia sistemática y absorbente. Así los gustos como las obligaciones existían en él en su valor propio y natural, y la inteligencia era siempre la maestra y el ama de todo. En el concierto de sus facultades dominaba la que Dios le había dado para que gobernase á las demás, la facultad de administrar, y mientras llegaba el caso de llevarle las cuentas á la Nación, llevaba las suyas con un acierto y una niñería que eran un nuevo tema de aplauso para sus admiradores. «¡Un aristócrata que administra! ¡Oh, si hubiera muchos Feramor en nuestra grandeza, la nación no andaría tan de capa caída!»

La fortuna patrimonial del Marqués no era grande, porque su padre había puesto en práctica doctrinas que se daban de cachetes con la regularidad administrativa. Pero la riqueza aportada al matrimonio por la Marquesa fortalecía considerablemente la casa, en la cual reinaba un orden perfecto, gastándose tan sólo la mitad de las rentas. Vivían, pues, con decoro y modestia, sometidos gustosamente á un régimen de previsión entre dos jalones, el de de-